

DESPUÉS DE LA HISTORIA

APUNTES SOBRE EL ECUADOR DE GUINEA



DE ENRIQUE OLMOS DE ITA

DESPUÉS DE LA HISTORIA

APUNTES SOBRE EL ECUADOR DE GUINEA

Ellos.

Voces varias, la nieta del sargento Venancio Miko (refugiado político y torturado por el régimen de T. Obiang), el nieto del ex futbolista Miguel Jones y el autor de esta obra.

¿Cuándo?

Entre las sombras del siglo XX y XXI

¿Dónde?

Isla de Bioko. África.

Para Boturu y su grupo Bocamandja Teatro.

—1—

Crisis económica.

Recesión.

Las finanzas; los mercados; la bolsa de valores.

Recesión.

Todo se va a pique. El mundo de los grandes negocios se derrumba y con él, el mundo común y corriente se fractura, se rompe, se hace nada.

“La economía global en estado de alerta”.

Recesión.

Uy, qué miedo.

¡Pánico!

Se comprimen los mercados bursátiles del mismo modo que tú estrujas una bolsa que te han dado en el supermercado.

Ya la usaste, ya te sirvió para cargar con una serie de objetos del supermercado a tu casa, ¿y qué haces?

La estrechas. La doblas, la haces una bola informe de polietileno.

Comprimes la bolsa y la dejas dentro de otra, aún más grande o quizá una caja, donde guardas el resto de bolsas de supermercado.

Es curioso pensar que los mercados bursátiles se contraen, se estrujan y finalmente se desmoronan mientras tú doblas velozmente la frágil bolsa del supermercado tratando de hacerla entrar con otras bolsas de reúso, ya olvidadas.

La bolsa de valores y el plástico para llevar tus latas de atún y cervezas.

El mercado bursátil y el supermercado opaco al que acudes cada semana.

Para algo servirán, piensas.

¡Para algo deben servir éstas putas bolsas!

Buscas cualquier pretexto para darles uso. Cualquier cosa.

Por ejemplo, para meter unos zapatos dentro de una maleta.

Vas y buscas las bolsas de plástico indicadas, las eliges de entre decenas.

Metes sandalias y zapatos comunes y corrientes, cada una en su plástico.

Haces maletas. En realidad haces una maleta, en el vuelo sólo te permiten facturar 23 kg de equipaje.

Ropa, un par de libros, artículos de higiene personal.

Envuelves en plástico los últimos zapatos deportivos y tienes la maleta hecha. Ya está todo.

El resto de tus cosas se va a un almacén.

Cosas que no sabes si volverás a ver. Cosas usadas. Cosas de lo que hoy ya es tu pasado.

La crisis económica y los mercados bursátiles y la recesión te han orillado a organizar esta maleta que está frente a ti.

La crisis ha sido lo mejor de tu vida.

El pretexto perfecto.

La mejor noticia. La crisis como bendición.

¡Amar la crisis! ¡Besar la crisis! ¡Succionar los labios carnosos de la crisis económica!

Fornicar toda la madrugada con la crisis económica mundial, después de invitarle un buen vino y llevarla a cenar.

¡Darle duro a la crisis!

¡Darle a la crisis por detrás!

Manosear la carne flácida de la crisis antes de entrar en ella.

Un golpe de suerte, una explosión necesaria.

¡Mi golpe de suerte, mi explosión!

Ahí estás, en la fila para documentar equipaje; sonriendo.

La maleta enorme llena de ropa y zapatos en horribles bolsas de supermercado.

Te vas de este puto país.

Dejas todo en *el pasado*; como si en lugar de ser un condicionante temporal el pasado fuera una zona señalada en *google maps*, un edificio, una coordenada.

Acomodas con desgano todo en *el pasado*.

Ahí lo apilas.

Dejarás que se pudran los muebles y las sábanas y las fundas para las almohadas y los cargadores para el móvil y la televisión y el detergente, también las cortinas,

tollas y fotografías, revistas y el cuadernillo/manual de uso del microondas que nunca abriste.

Una caja llena de bolsas de plástico con el logotipo del supermercado más cercano a tu casa también se quedará ahí.

¿Cuántos años, décadas y acaso siglos se necesitarán para exterminar todas esas bolsas sobre la tierra?

Que el pasado esté con ustedes.

Y con tu espíritu.

La cárcel de Playa Negra.

Black beach.

Dos palabras que aún aquí erizan la piel de cualquiera.

Mi abuelo estuvo en ella.

Y escapó.

Mi abuelo fue uno de esos valientes que la historia olvida.

Él conoció de cerca la hiel, el golpe de las vertebras contra sí mismas, la sacudida de los dientes.

El dolor como una constante detrás de otro dolor, aún más hondo.

Black Beach, en Malabo, capital del país de mi abuelo, hoy Guinea Ecuatorial.

Esta cárcel fue construida durante la época del colonialismo español, en la zona costera de la capital.

Tras la independencia, sirvió como centro de detención, tortura y asesinatos extrajudiciales durante la dictadura de Francisco Macías (1968-1979).

Sí, el país de mi abuelo ha visto solo dos dictadores, es todo lo que conocen como líderes.

El responsable de esta siniestra prisión no era otro que Teodoro Obiang Ngema, actual presidente del país y sobrino del de entonces.

Decenas de miles de ecuatoguineanos pasaron por la horrosa institución, acusados de los más diversos delitos, de forma totalmente arbitraria por el

Gobierno del demente y sádico Macías.

Eran moneda común las palizas y las torturas.

Tampoco faltaban los trabajos forzados.

En cuanto a los crueles interrogatorios, que terminaban muchas veces en ejecuciones , - tras haber pasado en el medio por una farsa de juicios sin las menores garantías-, estaban dirigidos por Teodoro Obiang. Para que no faltase ningún elemento de crueldad o deshumanización del preso, se organizaban combates entre estos para que se fuesen matando entre sí, y al último que quedase vivo, lo remataban las autoridades de la prisión. A veces, las ejecuciones no tenían lugar en la propia cárcel, sino en los bosques de los alrededores de la ciudad.

El ejecutar a los presos durante traslados en caminos rurales y bosques, se fue convirtiendo cada vez más en una práctica habitual. Por lo que deduzco que Guinea Ecuatorial debe estar repleta de fosas comunes con cadáveres de desaparecidos.

Algún día se escribirá la historia de los desaparecidos ecuatoguineanos como se escribió la de los de Latinoamérica, o como continúa escribiéndose a día de hoy en España y otros lugares del mundo.

El de las fosas comunes.

El de las muertes clandestinas.

Las celdas eran muy pequeñas, tanto que muchas veces, no cabían dos presos en ella y tenían que estar doblados.

El olor era nauseabundo e irrespirable.

La falta de alimentación en cantidades insuficientes provocaba la muerte por hambre de muchos presos.

Las torturas habituales, y podían producirse en cualquier momento del día. Todo esto sumía a los presos en un estado de desesperación y locura que les llevaba a intentar suicidarse.

Los que lo conseguían, podían considerarse afortunados.

Todavía hoy, los presos políticos y/o de conciencia que se encuentran en esta cárcel se cuentan por cientos.

El País/26 de mayo de 1983

El Gobierno de Guinea Ecuatorial ha accedido a la expulsión del sargento Venancio Miko, asilado actualmente en la embajada española en Malabo, y presuntamente implicado en el intento de derribar al régimen del presidente Teodoro Obiang, una vez que concluya el procedimiento penal a que haya de ser sometido. La representación diplomática española en Malabo entregará a Miko a la guardia presidencial -formada por soldados de nacionalidad marroquí- en un plazo mínimo de 10 días.

Previamente, el presidente ecuatoguineano Teodoro Obiang habrá de dar su conformidad escrita a las garantías acordadas el martes con el ministro español de Exteriores, Fernando Morán, en el curso de la visita de éste último a Malabo, que contribuyó al desbloqueo de la situación. La entrevista mantenida por el ministro de Asuntos Exteriores, Fernando Morán, con el presidente de la República de Guinea Ecuatorial, Teodoro Obiang, a las seis de la tarde del martes concluyó con un acuerdo sobre las garantías ofrecidas por las autoridades ecuatoguineanas para que les sea entregado el sargento Venancio Miko, refugiado en la sede de la representación diplomática española en Malabo desde la madrugada del pasado día 11 de mayo.

La frustrada intentona preveía asesinar al presidente Teodoro Obiang en el club nocturno de Malabo *Los enamorados* que el máximo mandatario ecuatoguineano frecuenta con asiduidad y no en el continente, durante la inauguración de una central eléctrica construida por los chinos, como fue inicialmente anunciado.

La entrega de Venancio Miko no se producirá en ningún caso antes de que Obiang confirme por escrito, en carta de respuesta, los pormenores del acuerdo alcanzado, que implica el sometimiento de Miko a un procedimiento legal con plenas garantías para su defensa incluso a cargo de un letrado español, la autorización para que reciba diariamente visitas de sus familiares y de los representantes diplomáticos españoles, la asistencia y vigilancia médica que garantice su integridad y la seguridad de que si recayera sobre él la máxima pena le sería conmutada.

La Constitución española ha abolido la pena de muerte y, en consecuencia, al Gobierno no le sería posible entregar a quien se acogió a su pabellón si pesara sobre él algún riesgo de ser ejecutado.

—2—

Al ser un país que no tiene turismo (el concepto aquí es prácticamente una novedad y las miradas externas se evitan al máximo), recorrerlo como extranjero puede ser complicado a falta de actividades organizadas, pero también te entrega una libertad que no está atada a recorridos parciales o empresas que muestran el lado visitable de un país, ni a los paradores turísticos u hoteles como escenografías transnacionales que explotan el vistoso fulgor local.

Hace que salir a buscar entre bosques húmedos o selvas exuberantes o playas de arena oscura sea una experiencia propia, una aventura personal. Lo que sí conseguí fue un guía en el Centro Cultural Español, sin el cual habría sido imposible llegar a ciertos paisajes, sencillamente por los controles policiales y militares, amén de lo agreste del entorno vegetal.

He comido boa, antílope, puercoespín y faisán africano, animales que jamás creí que probaría, sobre todo porque los exhiben en la carretera (la boa no, pero el resto sí, amén de otros bichos, por ejemplo la impresionante rana Goliat) recién cazados para que uno elija lo que quiere almorzar.

Vi un mono de boca rojiza, asomarse curioso tras la ventana de la cabaña en una reserva donde un grupo de gringas estudian y protegen la fauna local; en la carretera para llegar a ese sitio hay letreros (tampoco muchos) que prohíben la caza de monos, pero nada más llegar al pueblo de Moca me trataron de vender un cráneo (es lo mejor para los hechizos, me dijo una anciana) y me contaron que su carne es exquisita.

Caminé en una playa de arena oscura, supuestamente apta para recibir visitantes, donde pululaban cabras de mar y cerdos domésticos. La imagen me impresionó pues estoy acostumbrado (al fin y al cabo, educado bajo esa mirada occidental) a pensar en la playa como un lugar paradisiaco; sol, un sitio para recostarse y leer acompañado de Tom Collins. No un paraje sucio donde abundan rumiantes y cerdos, sería casi imposible situar una toalla y tratar de broncearse, a pesar de que un grupo de rusos (o balcánicos, dejémoslo ahí) lo intentaba sin éxito.

Me duché – o lo pretendí – en un riachuelo cuyas aguas llegan directamente al Golfo de Guinea. He visto la ciudad de Victoria en Camerún y la pequeña isla de Sao Tomé, ancestrales puntos de encuentro entre regiones del África subsahariana.

Caminé por la costa buscando las enormes tortugas que me prometieron, pero no había nada excepto monumentales rocas donde éstas suelen camuflarse y protegerse medianamente de los depredadores. Después, en el pueblo cercano vi formidables y simétricos caparzones a la venta.

He contemplado espectaculares paisajes y creo que he caminado ya todo lo que me tocaba este año. Me quedan pocos pasos para los meses por venir. Llegando a casa tendré que buscar una silla de ruedas. Mis pies se quejan del peso que deben soportar, entre mi abundante masa corporal y la mochila, están un poco abrumados.

No tengo espíritu aventurero y aunque soy de los que abominan acampar, no podía estar en el centro de África sin intentar conocer un poco, aunque sea de forma sencilla, su corazón profuso y verde. Dejo algunas imágenes para compartir este país alucinante y secreto al que vine a escribir sobre este país, Guinea Ecuatorial.

Soy vasco.

Mi abuelo es vasco también.

Aunque él nació aquí.

En este trozo del mundo. Cuando se llamaba Santa Isabel.

Pero ya se sabe que los vascos y más aún, los bilbaínos, nacemos donde nos da la puta gana.

Y él, Miguel Jones, es natural de estas tierras.

El primer futbolista negro en ser figura.

Y aquí estoy, esperando reencontrar lo posible, lo familia, lo imaginable, lo cercano.

La crisis me trajo.

Como aquella que seguramente hizo que los primeros Jones, aquí asentados, tomaran rumbo a la Península.

Por suerte ya no llevo su apellido.

No es que me avergüence, ni mucho menos.

Todo lo contrario, sólo siento nervios de que me puedan hacer algo.

Voy al consulado en Madrid a pedir el visado. Me acerco con cierto temor a entregar la documentación donde una mujer me atiende de mala manera.

Nada más verla adivino en ella el rostro de mis ancestros, veo el color de su piel, como el mío y siento una empatía enorme.

Debe tener mi edad. Pero no está de buen humor.

Quizá odia vivir en Madrid y recibir documentación para tramitar visados.

Pago la tasas y me avisan que en tres días tendré una respuesta. No hay recibo ni comprobante alguno de que tramité un visado para conocer la tierra de mi abuelo, el sargento Venancio Miko, torturado en la prisión de Macías y de Obiang.

Aquel que logró flanquear la muerte en un país de muertos.

Fuerte, ágil, dueño de potentísimo salto, sonriente siempre y con cara de angelote bueno, similar a la de aquellos inmortalizados en microsurco por Antonio Machín, el destino lo reservaba para marcar goles.

Cualquiera diría que su meta estaba en el Athletic.

Pero Jones había nacido en el África Ecuatorial y su piel de charol brillante no pasaba desapercibida.

Hoy, sin duda habría sido un canterano más en las instalaciones rojiblancas de Lezama, un buen refuerzo para el ataque de San Mamés.

Aquellos, en cambio, eran otros tiempos.

Más fundamentalistas por cuanto a la idiosincrasia del club se refiere.

O sencillamente, menos necesitados de refuerzos.

Ferdinand Daucik, entonces entrenador del Athletic -Atlético de Bilbao, por ceñirnos a la nomenclatura de esa época-, debió descubrirlo mientras avasallaba a otros estudiantes.

Entusiasmado ante sus imponentes condiciones, quiso llevárselo al Athletic aún tropezando con la inicial negativa de Don Wilwardo, padre del muchacho y mi bisabuelo.

Daucik, que no solía aceptar sin más ni más cualquier no, continuó insistiendo.

¿Puede haber algo más grande para un “bilbaíno” que pertenecer al Athletic?

El chico tendría que compaginar los estudios con la práctica deportiva, ¿y qué?

Eso pasa siempre.

Otros lo hacían sin mucha dificultad en aquella plantilla.

Don Wilwardo, sin duda presionado por la ilusión de su hijo, otorgó finalmente el pláceme.

Al fin y al cabo tampoco a él le faltaban motivos para sentirse medio bilbaíno.

Había estudiado en “el bocho” y uno de sus grandes amigos, con el que además llegó a jugar en un modestísimo equipo de preguerra, era el padre de “Beti”

Duñabeitia, quien transcurrido algún tiempo acabaría convirtiéndose en presidente rojiblanco.

Miguel Jones estuvo entrenando alrededor de un mes con la primera plantilla del Athletic, aún sin ficha federativa.

E incluso el 6 de enero de 1956 tendría su regalo de reyes, al alinearse con las figuras rojiblancas en un amistoso contra el Indauchu.

Recuerdo imborrable, aunque carente de continuidad, pese al empeño que Daucik pusiera.

Las cosas en el Athletic eran como eran, y desde la directiva nadie hizo amago de dar su brazo a torcer.

El club vasco que sólo juega con vascos.

¿Mi abuelo acaso no lo era?

Resignado, el técnico checo concluyó recomendándolo al Baracaldo.

Jones contaba 18 años y tuvo bastante con media temporada en 2ª División para hacerse notar.

Lasesarre y el barro que se formaba sobre aquel terreno durante los lluviosos inviernos, parecían hechos a medida de sus condiciones.

Si nadie lograba competir con él en la disputa de balones colgados, su potencia no exenta de clase en una época de arietes-tanque, bastaba para traer en jaque a las defensas.

Corrían buenos tiempos para el fútbol vizcaíno, y hasta para el vasconavarro en general.

Con el Athletic, Osasuna y Real Sociedad de San Sebastián entre los más grandes, y Baracaldo, Sestao, Indauchu, Alavés y Eibar en 2ª, el vivero parecía garantizado.

Así las cosas, entre tan pródiga la cosecha y debido al pobre rendimiento colectivo de los fabriles, a la postre descendidos, su campaña quedó oscurecida en los medios de difusión.

No pasó en cambio desapercibido ante la pupila de Jaime de Olaso, presidente y alma máter de un Indauchu magnífico, por cuyo vestuario desfilaban año tras año los jóvenes del ámbito territorial con más porvenir.

Ese ejercicio el Indauchu tejió un fútbol primoroso, clasificándose en 4ª posición. Todo un triunfo para quienes no podían permitirse el lujo de ascender, para quienes traspasaban sistemáticamente a sus estrellas mas cotizadas y apenas conocían un balance sin números rojos.

El campo de Garellano, además, se hallaba a escasos 300 metros de San Mamés. ¿Por qué no podía soñar Jones con cubrir algún día tan exigua distancia?.

Las quimeras, ya se sabe, son gratuitas.

Aunque en su caso, incluso si representaran algún desembolso, bien hubiera podido permitírselo.

Su familia no era precisamente de las necesitadas.

Bien al contrario, gozaba de viento a favor introduciendo, distribuyendo y comercializando maderas de Guinea, principal riqueza de la aún colonia o “provincia de ultramar”, por toda la vertiente cantábrica.

Mi familia vivía bien, no lo niego.

En fin, fue el gran año de Jones, mi abuelo.

Aunque tuviese que renunciar a su sueño.

Porque el Athletic, y en realidad toda la prensa bilbaína, jamás llegaron a verlo como posible refuerzo.

En mi primer viaje de larga estancia, hace unos diez años a Córdoba, llevaba más libros que ropa. La maleta pesaba muchísimo porque aún lo habitual era leer en papel.

Aunque no tengo antipatía por ese soporte de lectura, está claro que los libros convencionales son más costosos, pesados y una vez perdido, el libro es irrecuperable.

Más allá de mi experiencia personal, estos días en la pequeña y acaso única librería contemporánea de Malabo (La casa tomada de la Plaza Waiso, donde un mural con la cara de Cortázar da la bienvenida), he visto que la revolución editorial será electrónica o no será.

Al ser un país, Guinea Ecuatorial, con un cerco informativo dispuesto desde una dictadura feroz, sin industria editorial propia pero altamente alfabetizado, la lectura es un reclamo, una necesidad. Existe una minoría ilustrada (en aumento) que quiere conocer más sobre el mundo, especialmente jóvenes. Acceder a internet continuamente es prácticamente imposible (el ADSL es oscilante) y la principal ventana para entender el entorno es el libro, objeto que aquí conserva un prestigio digno de otra época.

Cuando dije que era escritor y que tenía libros editados (mostré un par) sentí una admiración desmesurada. Una señora me dijo que nunca había conocido al escritor de un libro “de estos” y nos hicimos una foto.

Con “de estos” quiere decir que no sean propaganda del régimen. He visto adolescentes sumando su francos CFA para poder comprar una novedad editorial, aunque los libros duplican el precio de mercado de otros países por los aranceles de exportación y la censura está al acecho, el libro es todavía un medio de comunicación, algunas veces clandestino.

En un país donde el salario medio de la población no llega a 200 dólares al mes, tener un libro nuevo es un auténtico lujo. Hay quienes han leído todo el catalogo disponible de las bibliotecas públicas y centros culturales (en ficción no es

muy vasto) y quieren más contenidos, porque tampoco existen opciones de ocio y tiempo libre, así que leer es además fuente de entretenimiento.

Jóvenes trapichean libros mal escaneados en PDF y los leen en sus precarios teléfonos móviles o tablets con una emoción para mí inusitada. Presto un USB con libros electrónicos a la librería de La Casa tomada y se organiza un alboroto. Un puñado de estudiantes de ciencias políticas se acerca para buscar “El príncipe” de Maquiavelo, aplauden y ríen cuando lo encuentran, algarabía que me conmueve; para mí es solo un libro clásico, para ellos una llave recóndita y semanas de ahorros, bibliografía imprescindible y por fin propia.

Siento tristeza por quienes quieren leer y no tienen libros (en cualquier soporte) al alcance, pero siento aún más tristeza – y desprecio – por quienes tienen librerías, bibliotecas y lecturas de todo tipo a la mano y no lo hacen.

Hace poco escribí una obra de teatro sobre acoso en espacios públicos (Instrucciones para usar minifalda) a partir de sendos testimonios de amigas y conocidas, especialmente mexicanas.

Aunque por primera vez en mi vida me he sentido acosado (en África el pudor es distinto y el extranjero vulnerable), me han gritado en la calle cosas que de momento son simpáticas, una chica incluso me metió mano en un taxi, pensé que quería robarme, pero no, me dijo que era "para tocar mi carne" (estoy pensando en dejar de usar pantalones cortos); hace días escuché barullo cerca del sitio en el que estaba comiendo y después me relataron una historia que sucedió muy cerca del mercado Semu (el más importante y emblemático de la ciudad de Malabo) y que refleja el estado de sometimiento del ejército a los ciudadanos de este pequeño y exuberante país, inmerso en una dictadura lamentable, donde el acoso a la mujer es moneda corriente, pero además de por un tema de género, por la apropiación de las clases dominantes del espacio público.

Un militar de rango medio a plena luz del día acorrala a una jovencita que estudia en un colegio secundario, induciendo que parece inmigrante ilegal (camerunesa o gabonesa). Le pide documentación (aquí siempre piden la documentación) y la lleva a un callejón anexo al mercado donde la manosea y le pide que se baje las bragas. La chica (que de inmigrante no tenía nada) grita, pide ayuda mientras el militar la abofetea porque se resiste. La tiene de espaldas a él, con la cara de la niña en la pared.

Cuando llegan unos parroquianos a auxiliarla, el uniforme militar impone. Pero aún así un par de valientes (uno de ellos, quien me contará después la historia a detalle, Valentín, guineano educado en Catalunya) lo reducen y someten.

Mujeres que habían ido a comprar al mercado le pegan en la cabeza al militar con bolsas llenas de plátanos. Otras piden a los ciudadanos que dejen ir al militar por miedo a represalias.

Se acercan un puñado de adolescentes, gritan insultos en lengua fang o bubi (en ese momento llego con otros muchos, atraído por un morbo general) y vemos a un grupo de militares que se abren paso para "llevarse al detenido", pero la gente

no quiere dejar al militar abusador en manos de sus compinches, así que esperan a que llegue un funcionario del gobierno.

En este punto la calle ya está cerrada, la chica (con la cara enrojecida por los golpes) se ha ido con su padre y la gente hace fotografías y algunos más osados videos al militar que permanece inalterable, rodeado de los suyos.

Esos videos y fotografías serán la comidilla de los días por venir. Algo debe haber en youtube, pero el internet aquí es sumamente precario y no logro encontrarlo.

Aunque se sabe que el dictador Obiang ganará las elecciones presidenciales de este mes y que no tendrá oposición, el hartazgo ante los abusos comienza a empoderar a los ciudadanos.

Epílogo

Guinea Ecuatorial es México

La primera impresión de un lugar, después de acomodar el equipaje y saber donde vas a dormir, es inolvidable. Se revelan los colores de las calles y los sonidos que acompañarán ese tránsito en la memoria.

Mi primera impresión del centro de Malabo, la capital de la República de Guinea Ecuatorial, es el absoluto contraste; calles con casas mal construidas, algunas sin piso firme y con endeble puertas de madera. A pocos metros, estacionados en torno a los bancos de la ciudad, coches de lujo que incluso es difícil ver en Europa. Taxis como históricos zánganos rojiblancos, entrando y saliendo de calles diminutas, sin aparente orden de circulación y sobre todo sin respetar los pasos de cebra. El color amarillento de las calles, de un tono crema a ratos enmohecido por la apremiante humedad, un blanco que nunca llega a ser. Y la cerveza española San Miguel en todo, la ciudad como minúsculo aparador de esta bebida.

El rostro omnipresente en los comercios y en algunos anuncios esparcidos por las calles, donde el presidente Teodoro Obiang hace una mueca que podría llegar a ser una sonrisa. “Feliz año nuevo 2016, señor presidente”, se levanta un letrero, muy cerca de la sede del partido en el poder, el único con posibilidades de ganar todas y cada una de las elecciones próximas.

Guinea Ecuatorial se parece más a México y en general a América Latina de lo que pensaba. Países petrolíferos, sometidos a grandes desigualdades y episodios históricos dictatoriales (Guinea Ecuatorial sigue en ese largo sumario que por ejemplo México abandonó en el año 2000), etnias autóctonas que luchan por la supervivencia de sus lenguas y tradiciones pero al mismo tiempo deben discurrir hacia la modernidad, las manos colonialistas tirando cada una por su lado (aprovechando sobre todo los recursos naturales), la peligrosa suma de la complicidad católica – amén de otras sectas – en los temas públicos, como herramienta de evangelización de un régimen autoritario.

Y la continua sensación de aborrecer la disparidad económica y social tan evidente, tan cínica, tan a la mano en cualquier calle de Malabo y amar en cambio a la gente, la franca sonrisa ecuatoguineana, las animadas tardes y noches en sus plazas y calles para beber y conversar, el olor a pescado asado que franquea del ocaso hasta media noche, la amabilidad de quienes conoces y paulatinamente te conocen, incluso te saludan en la calle sin saber tu nombre, pero te han visto departiendo con ciudadanos locales y se genera cercanía. La belleza incólume de sus mujeres y más que el calor, la humedad como telón de fondo mientras la música nigeriana, camerunesa o sudafricana con sus tambores y ritmos fascinantes, alcanza calles y avenidas. Pero la ciudad no es bulliciosa y la vida nocturna, sobre todo entre semana, por órdenes del dictador, se apaga rigurosamente antes de la media noche. Es común ver, como en mi primera noche en Malabo, vehículos con milicianos anunciando el cierre de los comercios, un toque de queda de facto.

Porque si hablamos de la primera impresión, las personas en ésta la puerta de África suelen ser esquivas, incluso tratan con descortesía al forastero. El concepto de hospitalidad es distinto al occidental; las sonrisas y las palabras amables se ganan de a poco. No están habituados a recibir turistas, sino empleados cualificados para empresas occidentales cuyo interés en la realidad ecuatoguineana es mínimo, folklórico. Existe un miedo natural ante el otro, el extranjero, especialmente europeo. Al notarlo, procuro presentarme como mexicano (me ayuda un sombrero negro comprado en Michoacán, tipo ranchero, sumamente elogiado) y buscar esa empatía que existe entre quienes hemos sido occidentalizados, conquistados, provenientes de países cuyas culturas subterráneas están aún en colisión. Aún así, cuesta tener contacto con ciertas personas, incluso en lo más cotidiano, ir a comprar comida o preguntar por ropa. El trato, con excepciones, del ecuatoguineano es francamente hosco, desconsiderado.

Aún queda algo del germen anticolonialista que esparció el ex presidente Macías (el tirano anterior al actual, aún más cruel y frenético, tío de Obiang), quien incluso armó a la población para combatir y expulsar a quienes consideraba enemigos de Guinea Ecuatorial, los terratenientes y residentes españoles, muchos

de los cuales tuvieron que regresar a la Península Ibérica con lo puesto, de un día para otro.

Y aunque la huella de la gestión y administración del territorio continental e insulares de lo que hoy conocemos como Guinea Ecuatorial, no fue precisamente ejemplar por parte de los distintos gobiernos españoles, no deja de ser interesante escuchar la lengua de Cervantes en el África subsahariana, quizá el legado de mayor riqueza que situaron los peninsulares aquí. Y aunque con un acento a ratos confuso, a veces incomprensible y salpicado de palabras en inglés, francés o en lenguas autóctonas, no puede pasarse por alto que éste es el único país de África cuya lengua oficial es el castellano. Evidentemente facilita al iberoamericano la comunicación y el encuentro con la realidad del país.

Si la patria es la lengua, como decía Borges, mi patria es también Guinea Ecuatorial, la isla de Bioko, Annobón y los territorios adyacentes al Río Muni donde se escucha el acento colombiano, mexicano o venezolano salir todas las tardes desde los televisores de miles que sintonizan insufribles telenovelas, reunidos en torno a dramas menores y tramas previsibles, pero también ante la segunda lengua más hablada del mundo, los ecuatoguineanos saben o quizá intuyen que forman parte de un continente lingüístico amplísimo, que aún está por descubrirlos.